



Somos todos terminólogos

RODRIGO VERGARA

Logos Group, Módena
Italia
rvergara@logos.net

Todos somos muy ignorantes, pero no todos ignoramos las mismas cosas
Albert Einstein

En un cajón de mi despacho guardo todavía una vieja carpeta de anillos con páginas amarillentas escritas a mano y tapas de cuero consumidas por el uso. Es uno de esos glosarios que los traductores solían hacer poco a poco, proyecto tras proyecto. Un instrumento personal no transferible que recogía todas las dudas, las respuestas, las enmiendas, con sitio para guardar apuntes volantes y recortes. El oráculo al que se le confiaban los descubrimientos y se le pedía ayuda para hacer una nueva traducción. Un tesoro doméstico que en la mayoría de los casos el autor era poco propenso a compartir, y al que sin embargo los traductores de español e italiano debemos la existencia de famosos «vocabularios» técnicos.

Todos sabemos por experiencia propia cuánto tiempo podemos llegar a pasar en busca de la equivalencia exacta hasta que nos rendimos ante la más aproximada. Y que los términos difíciles, los que pocos usan, los tecnicismos, los neologismos, rara vez se encuentran en los diccionarios o glosarios bilingües. Se diría que los editores prefieren no ocuparse de estas palabras, quizás porque su ciclo de vida las coloca fuera del circuito tradicional de producción y las vuelve poco rentables, como les pasa en medicina a las enfermedades raras. Hasta hace pocos años la oferta de instrumentos de trabajo bilingües era más bien exigua, aunque no todos los pares de idiomas eran igualmente (des)afortunados. Los que, como el inglés o el francés, contaban con herramientas monolingües bien afinadas y un largo pasado colonial, llenaban estantes enteros con glosarios increíbles y servían de pivot para alcanzar otros idiomas o abordar sectores tecnológicos o científicos avanzados o muy especializados, puesto que eran lenguas

oficiales del sistema de Naciones Unidas y de los organismos de normalización internacional. Quienes a finales de los setenta empezamos a trabajar con dos lenguas como el italiano y el español, la primera de las cuales no era un idioma internacional, emprendimos la travesía del desierto no muy bien pertrechados. El *DRAE* andaba por la decimonovena edición y el más «moderno» de los diccionarios bilingües se seguía reimprimiendo en Turín sin actualizar desde 1949. Era inevitable además de práctico que las dudas que íbamos despejando con tanto esfuerzo individual fueran a parar a una carpeta de anillos o una caja de fichas.

Si esta situación la multiplicamos por los pares de idiomas que el mercado le pedía a una agencia de traducciones como la nuestra, se entiende por qué, antes de la llegada de los ordenadores, reunir en un banco de datos de consulta rápida los conocimientos que habíamos adquirido en años de trabajo era una necesidad cuya satisfacción lindaba con la utopía. A lo sumo podíamos aspirar a reproducir el sistema de archivo y catalogación de una buena biblioteca. No disponíamos de una tecnología que nos permitiese crear otro tipo de memoria colectiva. Incluso después de que aparecieron los primeros ordenadores personales tuvimos que esperar varios años antes de llegar a tejer una buena red local para que todos pudiéramos consultar los textos que habíamos traducido.

El programa que nos permitió desarrollar nuestra primera base de datos lo diseñamos en 1988. Comenzamos con diez idiomas porque la tecnología que teníamos al alcance no daba para más. Todavía no nos permitía incluir a las lenguas que no utilizan el abecedario latino, por ejemplo, pero por fin daba a nuestro diccionario universal raíces propias y nos permitía nutrirlo alineando los glosarios validados de los proyectos, de par en par e indexados por contexto, sector, cliente y autor. Naturalmente las ramas de las lenguas mayoritarias eran las más frondosas y algunos campos de la experiencia humana (como la literatura) se perdían de vista en un horizonte superpoblado de tornillos, tuercas y arandelas.

Dimos el segundo salto cuando Internet eliminó los vínculos geográficos de nuestra memoria colectiva. Si podían acceder al diccionario los traductores que trabajaban en cualquier parte del mundo, era necesario y natural que cada uno de ellos fuera volcando su memoria individual en un repositorio abierto a toda la comunidad en tiempo real las veinticuatro horas. Cada aportación hacía crecer el diccionario y generaba como recaída entregas más rápidas y mayor uniformidad terminológica.

Pero el paso más importante consistió en abrir las puertas de esta casa fractálica, que mientras tanto no dejaba de crecer, a cualquier persona que tuviese un ordenador y una conexión a la Red. Por fin el diccionario podía



dejar de ser un patrimonio común de los traductores e incorporar internautas de todos los idiomas, edades y profesiones.

El reto se seguía pareciendo a la utopía, pero esta vez la tecnología nos dejaba entrever la solución: si entre todos hacemos el idioma, los idiomas, ¿por qué no íbamos a poder hacer entre todos un diccionario o, mejor dicho, el diccionario que los contuviera a todos? Ese diccionario crecedero que, por sus características, ninguna editorial «tradicional» o proyecto universitario nacional o multilateral podía abarcar. El que no podía surgir sino de una comunidad de traductores, de los que Pushkin llamaba «caballos de tiro de la cultura», acostumbrados a vivir en la intersección, a nadar entre no menos de dos aguas.

Paralelamente inauguramos *Forum* (un foro moderado en el que la comunidad se hacía cargo de las preguntas que no hallaban respuesta instantánea en el diccionario), *E-term*[®] (un espacio interactivo para que cada cliente viera o hiciera crecer en tiempo real el glosario de sus proyectos) y el *Conjugador Universal*. Creamos una página de *Recursos* que hoy cuenta con enlaces a casi 1 000 diccionarios y vocabularios electrónicos especializados de la Red. E indexamos los lemas del corpus con *Wordtheque*[®], una biblioteca electrónica de las obras literarias que han ido apareciendo en el dominio público que es al mismo tiempo un motor de búsqueda. El lector que busca una palabra la ve aparecer en un contexto que puede seleccionar por autor, título o idioma, una serie de tarjetas de citas parecidas a los ejemplos que brindan el *OED* o el *Robert*. Cuando la palabra no recurre en ninguno de los libros de la biblioteca (al fin y al cabo tenemos nada más que 30 000 títulos en 113 idiomas con un total de 677 324 336 palabras), el lector sale a cualquiera de los motores de búsqueda no especializados para llegar por alguno de los «senderos que se bifurcan» a más documentos, imágenes y sonidos.

Las consultas de navegantes ajenos al oficio de traducir hicieron entrar en nuestro diccionario términos como *perro* y *gato*, que por no ser raros y estar en la boca de todos se nos habían olvidado. Así fue como decidimos extrapolar del corpus y completar un *Diccionario para niños*, que no es otra cosa que un conjunto de 320 palabras «básicas» de 135 idiomas acompañadas por un dibujo y la pronunciación, que se recorren por medio de un menú más sencillo. Con un procedimiento análogo podemos componer en breve tiempo glosarios bi-, tri-, o n-lingües filtrando el corpus por especializaciones, temas, sectores u otros criterios.

Desde que lo abrimos al público el Diccionario fue creciendo gracias al trabajo voluntario de usuarios cooptados en todo el mundo con un procedimiento análogo al que, como descubrimos seis años después, James

Murray utilizó hace más de un siglo para realizar esa maravilla que conocemos con el nombre de *Oxford English Dictionary*. Actualmente hay más de 3 100 colaboradores registrados, cuyos nombres aparecen en los Créditos. Desconocemos cuántos de ellos son epígonos de William Minor, pero a juzgar por la cantidad de entradas diarias (alrededor de 1 000), no cabe duda de que, con diferentes matices, todos somos «locos por las palabras». Tenemos unos 20 500 usuarios registrados y los contadores indican un promedio de 100 000 consultas diarias (entre usuarios registrados y ocasionales).

Un arquitectura «ilimitada y periódica» como la de nuestro diccionario intercepta las dos tendencias antitéticas que observamos en el proceso de mundialización. Al dar cabida virtualmente a todos los idiomas (aunque en la actualidad tenemos sólo 200) en igualdad de condiciones, con independencia del número de hablantes y de su peso político o económico, todas las combinaciones de búsqueda son igualmente posibles. La historia de la industria editorial nos había acostumbrado a algunas modalidades (aparear una lengua franca planetaria con una regional, o una lengua mayoritaria con una minoritaria). Otras, como la búsqueda entre dos lenguas minoritarias o en vías de extinción, o entre una minoritaria y una muerta, estaban prácticamente vedadas.

Si enfocamos la construcción de un diccionario multilingüe desde el punto de vista organizativo, y consideramos a Internet como el sistema nervioso de la Humanidad, desaparecen los obstáculos para que entre todos los que usamos o acuñamos palabras podamos ampliar y perfeccionar un diccionario viviente que, sin dejar de ser universal y gratuito, constituya a la vez una herramienta de trabajo y un recurso en la lucha por conservar la diversidad cultural.



Un mundo de palabras al alcance de un clic

El New Dictionary de Logos se encuentra en esta dirección: www.logos.net.

Pequeña guía de navegación:

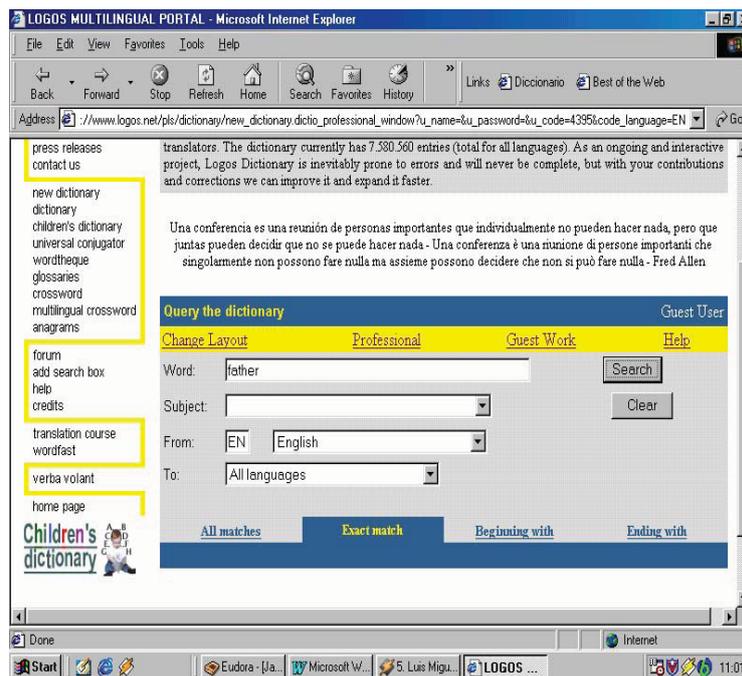


Fig. 1 Interfaz de acceso al Dictionary

Change Layout: el usuario puede modificar en cualquier momento el perfil (idiomas de partida y de llegada, motor de búsqueda preferencial) que utilizó para registrarse como Profesional.

Guest Work: es el espacio para los lectores que consultan el diccionario sin haberse registrado. Las entradas que añade este tipo de usuario son validadas por usuarios profesionales registrados autorizados.

Professional: son quienes han registrado un nombre de usuario y una contraseña.

Help: es la salida hacia la pantalla de ayuda.

Exact match: es una búsqueda por palabra.

El español, lengua de traducción

All Matches: es la búsqueda de todos los lemas que contienen una determinada palabra.

Beginning With: es la búsqueda de todas las palabras que comienzan con la cadena de letras digitada.

Ending With: es la búsqueda de todas las palabras que terminan con la cadena de letras digitada.

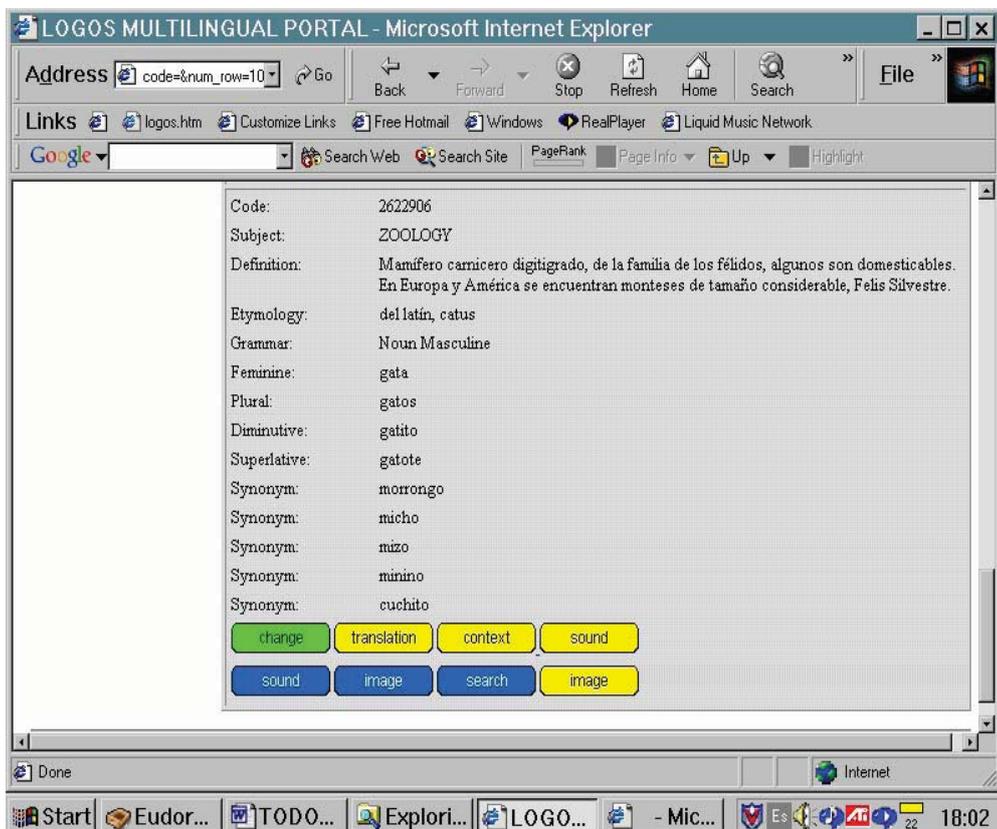


Fig. 2 Definición, etimología, información gramatical y sinónimo.

Translation: lleva a la página que contiene todas las traducciones de la palabra buscada.

Context: remite a una serie de contextos literarios tomados de *Wordtheque*® que contienen la palabra que estamos buscando.

Sound: permite oír la pronunciación de la palabra.

Image: lleva a una imagen que ilustra el término buscado.



Search: abre la puerta al motor de búsqueda que hemos elegido en el perfil.
 Change: lleva a la ficha en la que podemos añadir o modificar el perfil de la palabra (definición, clase, género, etimología, sinónimos, antónimos, enlaces de Internet, etc.)

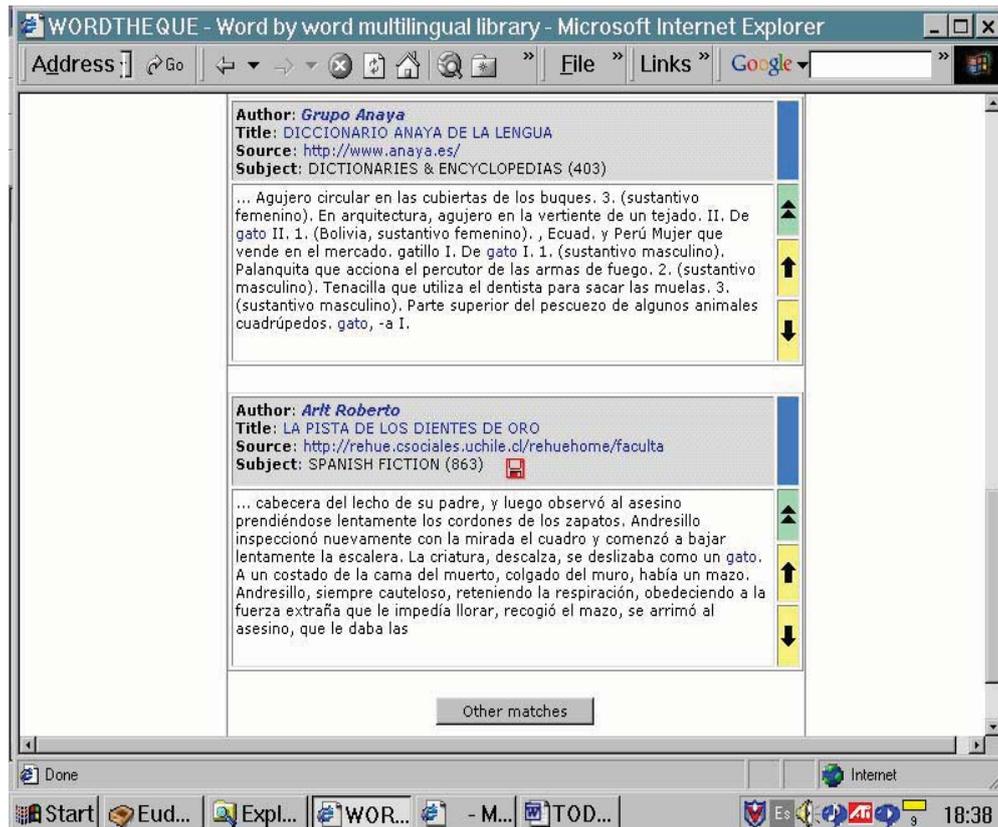


Fig. 3 Contexto de una voz del Dictionary en Wordtheque®

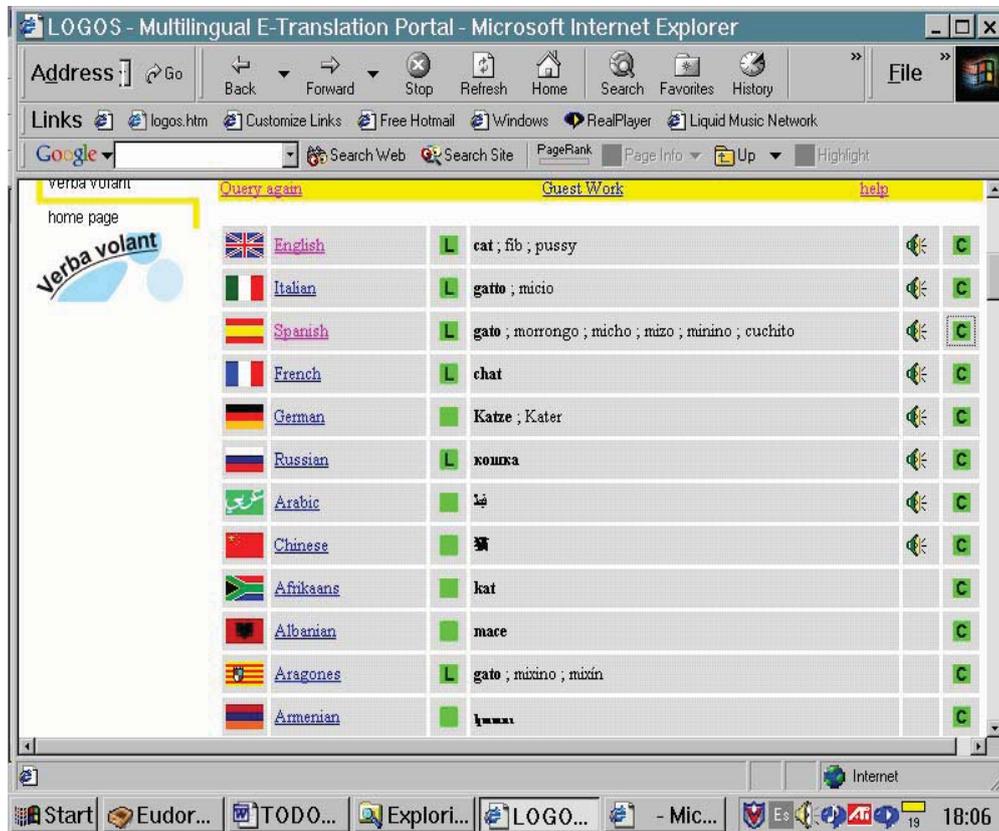


Fig. 4 Traducciones

Query again: es el comienzo de una nueva búsqueda.
 Al hacer clic en el nombre del idioma subrayado aparece una ficha con la traducción del nombre en los distintos idiomas.



Fig. 5 Nueva búsqueda

C: es la tecla que nos lleva a la ficha en la que podemos añadir o modificar el perfil de la palabra (definición, clase, género, etimología, sinónimos, antónimos, enlaces de Internet, etc.). **L:** es la tecla que nos permite ver el código del lema y el campo al que pertenece, así como acceder a la traducción, los contextos, las imágenes, la pronunciación,

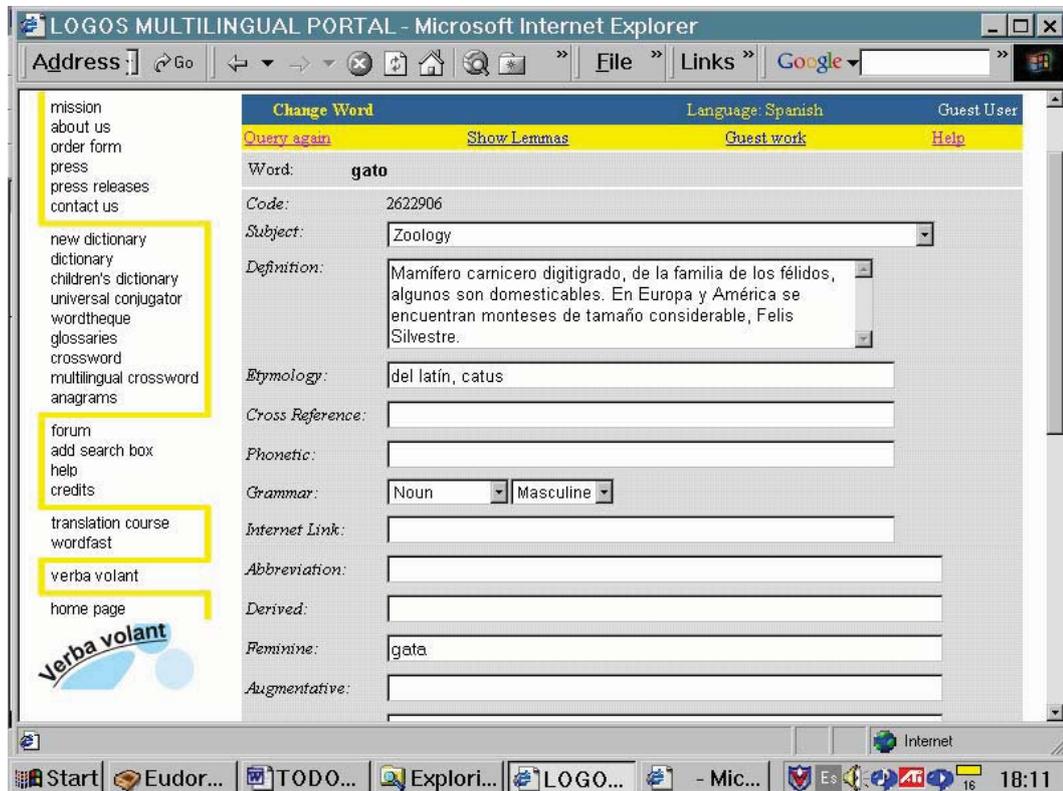


Fig. 6 Información completa de una entrada

* Chileno; realizó estudios en la Facultad de Agricultura de Concepción; en 1973 llegó a Italia como exiliado político y continuó sus estudios en la Universidad de Bolonia; en 1979 empezó a trabajar en una agencia de traducción como traductor al español y se interesó por la organización y



gestión del trabajo, lo que le llevo a plantear una reorganización de la empresa basada en el aprovechamiento de las nuevas tecnologías.